

**Falsificaciones y fetiches**  
La adulteración en el arte y la sociedad

Gillo Dorfles

sequitur

# Indice

Introducción	11
1. Civilización de <i>Factoids</i>	15
2. Símbolo, mito y fetiche en la sociedad contemporánea	24
3. Obscena crueldad	30
4. Escucha crítica y escucha onírica	40
5. <i>Factoids</i> perceptivos	48
6. Interferencias entre arte y tecnología	55
7. Natural y antinatural	63
8. La fetichización de lo sagrado	79
9. Sentido común y sentido del arte	84
10. Objetos creados por el hombre y por la naturaleza	90
11. Disenso entre arte y ciencia	97
Notas	107

## Introducción

Aquí, no abordo tanto la cuestión del fetiche o del simulacro en sí mismos, como el fenómeno en virtud del cual cada vez más hemos de vérnosla con eso que, en inglés, se viene llamando *factoids*, es decir, hechos que no son lo que deberían de ser: hechos tergiversados o simulados, banalizados o artificialmente agrandados, "hinchados"; hechos, por así decir, incompletos o desviados.

*Factoid*, deriva de unir a la palabra *fact* (hecho) el sufijo *oide*, sufijo que, en sí mismo, puede tener connotaciones tanto positivas como negativas. En italiano, por ejemplo, podemos decir de alguien que es un *mattoide*, para señalar, no que está loco (*matto*), sino que se trata de una persona de bien, simpática, pero un poco rara. El ya extendido término *androide*, por su parte, significa un hombre que no lo es en verdad, sino que es, en cierto sentido, un hombre desviado.

El objeto que no se ajusta a lo que debería de ser, que es manipulado y modificado, resulta ser muy típico de la época que nos toca vivir. Incluso nuestra experiencia del tiempo se ve modificada: el avión supera con creces nuestra capacidad fisiológica de desplazarnos; mientras, el ascensor nos resulta lento, mucho más lento que nuestra prisa por llegar a nuestro destino. Nos las tenemos que ver constantemente con hechos y objetos modificados, alterados, ya se trate del tiempo, de alimentos o de nuestros usos.

Esto ocurre tanto en el ámbito de lo social como en el más específico de la estética. Proliferan, por ejemplo, profesiones que

ya no son lo que deberían de ser o, también, nuevas profesiones que antes no existían; incluso falsas profesiones, como las de esos magos y pitonisas que pululan por las televisiones.

Analizando el arte de nuestros días, advertiremos no pocas prácticas dudosas. El *arte povera*: ramas secas, sueltas o juntadas en haz, que se proponen como obras de arte, y no son más que... ramas, sueltas o juntas. El *body art*: Marina Abramov u Orlan, que se transfiguran, que trabajan sus cuerpos para modificar su personalidad, pero sin adquirir una nueva. O las estrategias de simulación de Damien Hirst o Jeff Koons. Debemos tener la valentía de afirmar que se trata de fetiches, de *artefactoides*, y no de obras de arte.

Sin duda, no resulta fácil distinguir los aspectos positivos de los negativos de este proceso. Quizá pueda decirse que los positivos derivan fundamentalmente de la extensión de la tecnología y la informática —Internet con su enorme potencial de acceso a la información y al conocimiento. Entre los negativos, algunos son evidentes: el déficit de iniciativa personal o la escasa asimilación directa que se da tanto de la cultura como, más aún, del arte. La relación entre el arte contemporáneo y el sentido común, depende en gran medida de esa asimilación. Lo cierto es que abundan las sofisticaciones baratas, lo afectadamente obtuso, lo artificial, los vacuos rituales de élite, y todo esto se da porque nuestra civilización, a diferencia de las anteriores, ya no es unitaria.

El estilo artístico de Siena, o el del Renacimiento en general, estaban al alcance de todos, todos los entendían. Giotto, Simone Martini o Ambrogio Lorenzetti eran inmediatamente apreciados y comprendidos por los sienenses, que llevaban en procesión el retablo de la Virgen pintado por Cimabue, de cuya altísima calidad artística estaban, por así decir, espontáneamente convencidos. Esto ya no es así.

Hoy en día, todo está más intrincado, todo es más híbrido. Así, tenemos a los que disfrutan con el festival de la canción de San Remo, los que devoran ciencia ficción, o a los entusiastas de

Heidegger, que, sin embargo, nunca han leído a Husserl. Se han configurado así unas estratificaciones que son culturales antes que sociales, aunque ambas dimensiones se solapen. El caso de la música de vanguardia es un buen ejemplo de este fenómeno, en la medida en que, a diferencia de otras artes, no está tan sujeta al mercado (es evidente, por ejemplo, que, si las obras de un gran artista como Twombly valen millones de dólares, incluso los que no las entienden acaban aceptándolas como valiosas). Bach, Mozart o Beethoven fueron celebrados en vida como los mejores de sus respectivas épocas; antes de reconocer que Schoenberg, Stockhausen o Donatoni son los grandes de nuestros días, ha tenido que pasar mucho tiempo, y aún son muchos los que no lo saben. La música, en este sentido, es un claro ejemplo de esa estratificación del gusto que, hasta hace no mucho tiempo, no solía darse.

A esto hay que añadir que la obra de arte de ahora suele incluir y hacer aquello que no es arte. Se trata, en parte, de una situación semejante a la planteada por el *kitsch*, allá a mediados del siglo XIX, cuando, en paralelo al período llamado de las *Arts & Crafts* (artes y oficios), se extendió la mecanización, la producción en serie y la multiplicación, que trajeron consigo, como señaló Walter Benjamin, la desaparición del aura de la obra. Pues bien, si antes estaban, por ejemplo, los Piero della Francesca y los Sassetta –un gran artista, que no todos conocen–, hoy en día, junto a los Bacon y los Giacometti hay una miríada de pseudo-artistas que son y seguirán siendo para siempre eso, *artistoïdes*. Un pintor de la escuela de Caravaggio no era un *artistoïde*, era un pintor, menor, secundario, pero era *un artista*. A mi entender, la existencia misma de la figura del *artistoïde* es, sin lugar a dudas, una característica singular, propia de nuestra época.

Obviamente, no tiene sentido, ante la complejidad de estos procesos, proponer soluciones más o menos salvíficas. Sí creo, sin embargo, que hemos llegado a un extremo que aconseja recobrar la dimensión del individuo: que en cada persona renazca, como

alternativa al generalizado aplanamiento, el impulso de la creación individualizada. Si el bricolaje, el *do-it-yourself*, ha renacido ante la profusión (en ocasiones encomiable) de productos de diseño, ¿por qué no habrían de acabar surgiendo individuos capaces de proponer alternativas también en el ámbito de la creación artística o literaria?

La adulteración y la falsificación aún no lo han conquistado todo. Aún creo que el ser humano sigue conservando una reserva de pureza y de invencible fuerza personal. A pesar del generalizado aplanamiento, fruto de la falsa comunicación y de la adulteración de los propósitos, gustos y hábitos, creo que todo individuo sigue albergando un mínimo de autonomía, irreducible, aunque inevitablemente limitada. Se trata de potenciar y hacer el mejor uso posible de esta autonomía, que *todos* poseemos aunque no todos sepamos hacerla valer.

Por otro lado, no hay que olvidar que el proceso de adulteración y fetichización de la vida corre paralelo al de la occidentalización del planeta. Cabe anhelar, por tanto, un renacer, no sólo del individuo, sino también de los pueblos que han logrado, al menos en parte, permanecer al margen de este –como sabemos, arrollador– proceso de falsificación. Esto no será fácil. Sin duda, algunos regionalismos aún perviven, y no me estoy refiriendo a esos remanentes ya adulterados de culturas aborígenes que, como en Australia o en América Central, se limitan a reiterar, por ejemplo, los motivos decorativos de sus antepasados: eso no es más que folclore, modernizado y mercantilizado folclore. Todavía creo, a pesar de los muchos y variados obstáculos, en la posibilidad de un auténtico encuentro entre culturas, como el que, en el ámbito artístico y con recíproca influencia, se dio en los años cincuenta y sesenta del siglo xx entre Japón y Occidente. Son muchos los ejemplos valiosos de obras de arte occidentales que no habrían existido sin el influjo de otras culturas. Esta mentalidad, esta actitud, esta disposición *intercultural*, es lo que, con convicción, debemos potenciar.